



Sonny

ISRAEL CARTAYA

Sonny

Israel Cartaya

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito de su autor.
Todos los derechos reservados.

Autoría fotográfica N-E-X-U-S. Agradecimientos.

© Israel Cartaya S

-Deposit DEP634513908380312500

-Esp TF102-14. N°00/2014/1876

Prefacio

El 1 de enero de 1959 supuso, a todos los efectos, un antes y un después en la historia de Cuba. Fue el día del triunfo de la Revolución, marcado por la caída de la dictadura del general Fulgencio Batista y la llegada al poder del líder del Ejército Rebelde: Fidel Castro.

Desde ese momento, nada volvió a ser igual. El gobierno entrante embargó las empresas privadas, derribó el águila imperial del monumento a las víctimas del Maine y procedió a retirar de fachadas y azoteas todos los carteles luminosos de Coca Cola y cualquier otro símbolo que pudiese tener relación con los Estados Unidos de América. En las calles reinaba la confusión, los enfrentamientos se sucedían y el dinero, que de repente había perdido todo su valor, volaba por las avenidas mezclado con la basura. Con objeto de limitar su posesión, el nuevo régimen lo había sustituido por una nueva tirada de billetes que fueron repartidos a razón de trescientos pesos por cabeza.

Mientras las clases medias y altas huían en tropel con cuantos objetos de valor eran capaces de cargar consigo, el resto del pueblo celebraba a voz en grito la Revolución, convencido de que su llegada traería un futuro mejor, más justo y esperanzador, para todos los cubanos.

Pero lo que comenzó como un movimiento triunfal cargado de promesas, fue con el tiempo tornándose en retroceso, monotonía, represión y miseria. Mientras el resto de la humanidad continuaba con su marcha inexorable hacia el progreso, las calles de La Habana y del resto de ciu-

dades de la isla quedaron al margen de este, irremisiblemente congeladas en el tiempo.

1

Rosa se llenó los pulmones de aire, clavó los dedos en el colchón y empujó con todas sus fuerzas. Una nueva descarga de dolor brotó a traición de sus entrañas sacudiéndola de arriba a abajo. Apretó los dientes y continuó empujando. Quería gritar, maldecir a todos y al mundo, pero sabía que no debía hacerlo. Fuera, a pocos pasos de la ventana, sus vecinos celebraban entre risas la fiesta de quince años de la hija mayor. No quería ser oída. Nadie debía saberlo. Esta vez no. No podía permitir que el mundo le arrebatase de nuevo a su bebé.

Hizo un último intento y cayó derrumbada en el colchón, sin fuerzas. Clavó entonces la mirada en el techo y lloró en silencio, aguardando los retortijones de una nueva contracción. ¿Cómo había llegado a aquello, Dios Santo? ¿Cómo? Rosa tomó el pequeño crucifijo de plata que colgaba de su cuello y lo besó.

—Ayúdame, por favor —susurró con fervor—. No me abandones. Ahora no.

Cerró los ojos y dejó volar a su mente en total libertad, lejos de aquel horror, como un insecto abriéndose paso a través de la espesura de la memoria. Y, sin saber muy bien cómo ni el camino que había tomado, llegó revoloteando hasta Florida, justo en el momento en que Marina entraba llorando por la puerta de su casa agitando un periódico en el aire y gritando con una angustia que solo podía venir de lo más profundo de su alma:

—¡Los han matado, Rosa! ¡Los han matado!

De las horas que siguieron, Rosa apenas guardaba una amalgama de recuerdos equívocos. Imágenes desordenadas a las que, a fuerza de revisarlas en su cabeza, había conseguido conferir un orden más o menos discernible. En ellas se veía a sí misma metiendo atropelladamente en una bolsa de viaje todas sus cosas y las del niño que estaba por llegar, para después salir corriendo hacia la embajada, donde rogaría que la enviaran de vuelta a Cuba. Luego en el barco, contemplando desde la borda cómo iban aproximándose al puerto de La Habana. Y una vez allí, una muchedumbre de policías, periodistas y curiosos echándose encima, confundiéndola con un torrente de indicaciones, preguntas, acusaciones, deslumbrándola con los fogonazos de los *flashes*. De pronto ella, Rosa, se había convertido en alguien importante. O, si no importante, en alguien que despertaba el interés de los políticos y los medios de comunicación cubanos.

Resultaba irónico, ¿verdad?, recibir tantas atenciones por parte de aquellos a quienes se había estado oponiendo abiertamente y sin tapujos desde Miami. Precisamente ella, que no había sido más que un peón, menos aún, una casilla del tablero dentro del juego de tejemanajes políticos en que andaban metidos los revolucionarios de Castro y el gobierno estadounidense. Porque ¿qué papel había jugado Rosa en todo aquello? No más que el de una chiquilla alocada que, enamorada hasta la médula, había renunciado a todo, familia, hogar y nacionalidad, para seguir a su novio Miguel, un acérrimo anticastrista, hasta el otro lado del mar. Y ¿para qué? Para que tomase varios meses de entrenamiento militar y verlo embarcar después rumbo a Cuba, en compañía de un puñado de idealistas como él, con el disparatado propósito de derrocar a Fidel Castro.

Lo más triste de todo era que ella, Rosa, lo había creído capaz de eso y de mucho más. Cuando Miguel empezaba a clamar contra las injusticias del gobierno de Castro, contra los embargos injustos de propiedades, las desapariciones de familias enteras, las vejaciones a las que día tras día eran sometidos aquellos compatriotas que habían

decidido quedarse en Cuba para intentar defender lo que era suyo, resultaba difícil no dejarse atrapar por sus palabras. Entraban dentro de ti igual que un torrente de aire fresco y te imbuían de ardor combativo, de esperanza. Sus ideas se convertían en las tuyas y, entonces, no podías evitar preguntarte cómo era posible no haber caído en todo aquello antes, haber estado tan ciega como para no ver lo que a ojos vistas resultaba más que evidente.

Miguel y sus compañeros fueron detenidos tan pronto como pusieron un pie en Cuba, o al menos eso es lo que se contó en los periódicos y la televisión. El asunto tuvo una repercusión considerable en todos los medios. No por el hecho de que las autoridades cubanas hubiesen interceptado a un grupo armado cuando éste se hallaba arribando a la isla con la intención de derrocar a Castro. Se contaban ya por docenas los que lo habían intentado desde su llegada al poder. El problema era que este grupo era el único que, entre sus integrantes, contaba con hombres de nacionalidad norteamericana. El mundo entero contuvo el aliento, pendiente de la decisión que tomaría Fidel Castro con respecto a ellos.

Solo una semana después, Marina llegó a casa de Rosa con el periódico en el que se daba parte de la ejecución. Rosa no quiso creerlo. Es por eso que regresó a Cuba y se puso en manos de sus enemigos. Se negaba a admitir que Miguel, el padre de la criatura que estaba creciendo en su interior, pudiese estar muerto. Necesitaba comprobarlo con sus propios ojos, asegurarse de que Miguel no se hallara confinado en alguna cárcel de la isla, olvidado por el resto del mundo pero vivo al fin y al cabo. ¿Y por qué no? Aquello no sería más que otra de las manipulaciones y mentiras del dictador Castro.

Durante semanas, Rosa se aferró a esa posibilidad sin importarle ya nada ni nadie, salvo el hijo que Miguel y ella esperaban.

Una nueva contracción, atroz, más dolorosa que todas las que había tenido hasta el momento, arrancó a Rosa de sus ensoñaciones. Sopló aire varias veces seguidas y

empujó con todas sus fuerzas. El dolor era atroz, inhumano, y esta vez se vio incapaz de reprimirse y gritó. Fuera de la casa, las risas y las voces de sus vecinos cesaron. Rosa se mordió el labio inferior obligándose a callar y dirigió su mirada hacia la ventana. Al otro lado, una sombra se aproximó tratando de ver a través del cristal y las cortinas qué ocurría en el interior. Rosa contuvo el aliento. El tipo dio unos golpecitos en el vidrio.

—¿Se encuentra bien, señora? —dijo una voz.

Rosa se quedó mirando la ventana con los ojos desencajados. ¿La estaría viendo? Le horrorizaba la idea de que la descubriesen de aquella guisa, con el rostro empapado en lágrimas y sudor, desnuda de cintura para abajo y despatarrada en su cama en medio de un charco de placenta e inmundicia.

—Dios mío —susurró Rosa—. No permitas que me vean así.

El tipo volvió a llamar al cristal, esperó unos segundos más y después se marchó.

—¿Qué pasó? ¿Viste algo? —dijo una voz femenina algo más lejos.

—Ni idea, mi amor —respondió el que se había asomado a la ventana—. Estaba oscuro, no pude ver nada.

—Qué señora más extraña, ¿verdad? —comentó la mujer—. Siempre ahí dentro encerrada, sin hablar con nadie.

Y un instante después, ya habían retomado su celebración como si nada hubiese ocurrido. Rosa soltó el aire que había estado aguantando en los pulmones y, justo en ese momento, le llegó una nueva contracción. ¡Cielo Santo, eran cada vez más fuertes! Rosa sintió que se mareaba. El dolor era insoportable, la hacía sentir más débil a cada momento. Pero, a pesar de todo, siguió empujando. Tenía que conseguirlo. Porque si no lo hacía ahora, si agotaba todas sus fuerzas antes de lograr que el niño naciera, entonces que Dios se apiadase de los dos.

Más dolor, más agonía. La contracción cesó y Rosa se derrumbó otra vez exhausta sobre el colchón. Casi al

borde de la inconsciencia, dejó que su mente la transportase nuevamente al día de su regreso a Cuba. Por algún motivo, parecía como si aquel recuerdo se obstinase en volver una y otra vez a su cabeza.

Al parecer, la única razón por la que el gobierno de Fidel había aceptado su repatriación fue poder anunciarlo a bombo y platillo de cara a la opinión internacional. A Rosa se la presentó como la hija pródiga, la oveja negra que regresaba a la madre patria tras largo tiempo de andar desbarriada, deambulando sin rumbo fijo allende sus fronteras. Un hábil golpe de mano con el que el dictador pretendía contrarrestar las críticas que de continuo se dirigían en su contra a causa de las salidas masivas de ciudadanos cubanos con destino a los Estados Unidos.

Pero, tan pronto como puso un pie en tierra, Rosa fue arrastrada por una cuadrilla de matones de traje y corbata al asiento trasero de un auto. Arrancaron el motor y, apenas se hubieron alejado lo suficiente de la muchedumbre aglutinada en el puerto, uno de ellos se sacó unas esposas del bolsillo y la engrilletó igual que a una vulgar criminal. Después de aquello, Rosa pasó varias semanas encarcelada. La interrogaron a diario. En ocasiones, hasta tres o cuatro veces al día. Aunque, gracias a Dios, no la torturaron.

Solo cuando se hubieron asegurado de que Rosa no era una infiltrada del cuerpo de inteligencia norteamericano ni nada parecido, la dejaron marchar. Aunque no sin antes ponerla bajo la vigilancia de un agente del gobierno, el cual, a partir de ese momento, se encargaría de vigilar cada uno de sus pasos desde la distancia.

Una vez libre, Rosa dedicó todo su tiempo a recorrer las cárceles de la isla en busca de Miguel. Nadie había querido mostrarle la más mínima prueba que diera fe de su ejecución. Ni tan si quiera un miserable certificado de fallecimiento. Así que, en lo que a Rosa respectaba, Miguel seguía vivo.

Las semanas que siguieron, Rosa las pasó viajando en autobús de una penitenciaría a otra, durmiendo apenas

un par de horas al día, olvidándose de comer las más de las veces y enfrentándose ella sola a un ejército entero de funcionarios de prisión que, temerosos de verse envueltos en complicaciones, se negaban a prestarle su ayuda, a atenderla siquiera. Hasta que, por fin, el agente que la vigilaba, conmovido por su tenacidad, decidió contravenir todas las órdenes que había recibido de sus superiores y mostrarse abiertamente ante ella. Dijo llamarse Ángel Castellanos y le ofreció un artículo de prensa cubana que daba fe de la ejecución de su marido y del resto de los de su grupo. Rosa lo tomó y se puso a leerlo. Y una vez lo hubo concluido, arrojó el periódico al suelo negándose aún a creerlo. Entonces Ángel la hizo montar en su auto y la llevó al lugar en el que Miguel había sido fusilado: ante la fachada de una nave abandonada a las afueras de Camagüey. En sus paredes de ladrillo desnudo podían percibirse con total claridad los impactos recientes de varias docenas de proyectiles. A pocos pasos de allí, un pequeño cartel de madera, precariamente escrito y con faltas de ortografía, señalaba el lugar en el que habían sido enterrados «los traidores a la Revolución que pretendieron atentar contra la vida del Comandante en Jefe Fidel Castro y, en definitiva, contra la libertad de todos los cubanos». Miguel Sáinz Zabaleta, el marido de Rosa, ocupaba el tercer lugar en la relación de los ejecutados.

Desorientada, sola y desgarrada por el dolor, Rosa deambuló sin rumbo durante algún tiempo hasta que, por intermediación de Ángel, el gobierno tuvo a bien concederle una modesta pensión de viudedad e instalarla en una pequeña casita de un pueblecito del interior. Y allí fue donde, pocos meses después, dio a luz a su hijo Marcos.

¡Marcos! Rosa no pudo evitar que un nuevo torrente de lágrimas le empañase la vista al recordar la manera en que se lo habían arrebatado.

Su pequeño apenas contaba con un mes de vida, cuando el gobierno de la Revolución decidió que Rosa sufría trastornos mentales —crisis esquizofrénicas, decía el informe que le mostraron— y fue internada durante varias semanas en un centro médico donde la sometieron a un sin-

número de pruebas. Entretanto, las autoridades pusieron a Marcos a cargo de la familia de Miguel. Cada día que pasó encerrada en aquel lugar supuso un auténtico infierno para Rosa. No tanto por las pruebas y el encerramiento como por la angustia de no saber qué había sido de su bebé. ¿Dónde lo tendrían? ¿Lo estarían tratando bien?

Pero, cuando Rosa pudo abandonar por fin el centro e intentó recuperar a Marcos, los jueces habían dictado una orden de alejamiento contra ella. Los servicios sociales no la consideraban lo suficientemente capacitada para cuidar de su propio hijo. Y sin un niño al que cuidar, estimaron que tampoco necesitaba una casa para ella sola.

Las semanas que siguieron, Rosa las pasó deambulando de acá para allá sin rumbo, con la única ayuda de su exigua pensión de viudedad. Hacía noche en las estaciones de autobuses de los pueblos o en pequeñas habitaciones de hostel infestadas de humedades y cucarachas. Aunque, a veces, también, pasaba una o dos noches en la casa de alguno de sus cinco hermanos, que vivían dispersos por todo lo ancho y largo de la isla. Todos ellos, incluida Rosa, fueron dados en adopción siendo niños, y a algunos nos los había vuelto a ver desde entonces. Su madre había enviudado muy joven viéndose obligada a elegir entre renunciar a sus hijos o verlos consumirse lentamente por el hambre.

La agonía de una nueva contracción devolvió a Rosa de nuevo a la realidad. Tomó aire y empujó con todas sus fuerzas soltando un nuevo chillido. Fuera, los vecinos y sus invitados volvieron a enmudecer. Pero ya no importaba. Aquel dolor la iba a volver loca.

De nuevo, alguien golpeó la ventana.

—Señora, ¿se encuentra bien? —dijo una voz, esta vez de mujer.

Pero Rosa ya no escuchaba. Empujar era lo único importante. Tenía que lograrlo. Tenía que traer a la vida a su pequeño, aunque fuera lo último que hiciese.

De pronto, el llanto de Sonny rasgó la penumbra de la habitación y el mundo se detuvo por unos instantes. Rosa lloró de puro alivio y alegría, se incorporó como pudo y

lo tomó con cuidado entre sus brazos. Sonny. Sí, ese sería su nombre. No era lo que se dice demasiado común. Rosa lo sabía. ¿Pero quién ponía a sus hijos nombres normales por aquellos días? Además, su hijo estaba destinado a ser una persona muy especial y no podía llamarse de cualquier manera.

El nombre lo había visto escrito en un avión una de tantas tardes que había pasado mirando al cielo y pensando en Dios. En realidad, la palabra que leyó entonces sólo tenía una ene. Pero con dos sonaba infinitamente mejor, como uno de esos cantantes o actores estadounidenses de los que tanto se hablaba en la radio antes de que los hermanos Castro echasen a perder el país.

Rosa se sacó un pecho y se lo ofreció al pequeño, pero seguía sin callar. Parecía tener más interés en llorar que en alimentarse.

—¿Señora?

Asustada, tomó de la mesilla de noche una caja de calmantes, rompió la punta de una ampolla, se mojó la yema del dedo con su contenido y lo acercó a los labios de Sonny para humedecérselos. A continuación, volvió a arriarlo a su pecho y, esta vez sí, el pequeño se aferró a él con los labios y empezó a mamar con parsimonia. Rosa aprovechó para pinzar el cordón umbilical y cubrir a su hijo con una mantita.

—¡Señora! —llamó la voz otra vez—. ¡Si se encuentra cerca de la puerta, apártese! ¡Vamos a entrar!

Rosa se volvió y miró con espanto hacia la ventana.

—¡No! —gritó, y fuera todas las voces se callaron—. ¡Estoy bien, de verdad!

—¿Seguro?

—¡Seguro! —exclamó Rosa—. Una pesadilla, eso fue. Me desperté gritando.

—Está bien, señora. Discúlpenos. Nos alarmamos y... Ya sabe... —dijo la voz, ahora más calmada. Aunque, por el tono, no parecía lo que se dice muy convencida.

Rosa guardó silencio hasta asegurarse de que volían a olvidarse de ella y continuaban con lo suyo. Solo en-

tonces, apartó su pecho de los labios de Sonny y acalló sus protestas susurrándole una canción de cuna. El pequeño forcejeó unos instantes, hasta que finalmente soltó un suspiro satisfecho y se quedó dormido con la orejita apretada contra el pecho de su madre, arrullado por su voz y por los latidos de su corazón.

—Sonny —murmuró Rosa acariciando con un dedo el cuello y los hombros de su pequeño—. Tú también eres Su hijo, ¿sabes? Tú también eres el hijo de Dios. Tu padre terrenal no quiso entenderlo. Se llamaba Mauricio, ¿sabes? —Rosa dejó escapar un suspiro—. No supo reconocer las señales que tenía delante. Pero ¿qué importa? él solamente era un instrumento más de Su voluntad.

Adormecida, la mente de Rosa voló hasta el momento en que Mauricio había abandonado de manera atropellada la habitación del hostel *Las Tullerías* espantado por las revelaciones de Rosa.

—¡Tú estás loca, mujer! —fueron las últimas palabras que le dirigió antes de salir de su vida para siempre con un portazo.

Rosa lo vio marchar sin decir nada, tendida en la cama y acariciándose el vientre con la mano. Ya tenía lo que quería de él.

Se habían conocido apenas una semana antes, durante un trayecto en autobús. Y, desde entonces, habían disfrutado en ese mismo hostel de media docena de fugaces encuentros en los que Rosa lo había dado todo de sí misma. Él estaba casado, pero eso era algo que a Rosa le traía sin cuidado.

La divertía quitarse la ropa delante de él de manera provocadora. Esto era algo que hacía enloquecer a Mauricio. Enloquecer literalmente. Perdía el control por completo y se arrojaba sobre Rosa como una fiera salvaje, mordiéndola, arañándola, apretando entre sus manos cada palmo de carne de su cuerpo. Después, cuando todo había pasado, él mismo se sorprendía de haberse dejado llevar de aquella manera. A veces, incluso, se reconocía incapaz

de recordar nada más allá del momento en el que habían entrado en la habitación.

A Rosa no le cabía ninguna duda: Dios se estaba revelando a través de Mauricio. Se valía de él para acceder al cuerpo de ella y sembrar su semilla en su interior. Exactamente igual a como había sucedido con Miguel.

Cuatro meses después, el agente Ángel, su particular protector celestial, volvió a mostrarse ante ella en una pequeña y apartada fonda de carretera.

—Me han cambiado de destino —le dijo, sin que entre ellos hubiese mediado saludo o ningún otro preámbulo—. Seguramente esta sea la última vez que hablemos.

Rosa abrió la boca para responder, pero Ángel la acalló con un gesto.

—No hay tiempo, lo siento. —Ángel miró a un lado y a otro con inquietud—. Si alguien me ve hablando contigo, me puedo meter en un buen lío. Ve a Matanzas, a casa de tu hermana Clara. Van a enviarte allí una resolución para informarte de que te han concedido una nueva casa.

—¿Dónde? —preguntó Rosa.

—En Placetas.

—No conozco a nadie allí.

—Eso es lo que quieren ellos —dijo Ángel—. Intenta no hacer amistad con nadie, relacionarte lo menos posible, y las cosas te irán bien a partir de ahora.

—Entiendo. No quieren que contamine a la gente con mi locura.

—Me parece que tu locura es lo que menos les preocupa.

Ángel estrechó las manos de Rosa entre las suyas a modo de despedida y dio la media vuelta para marcharse.

—Gracias —dijo Rosa.

Ángel se volvió con gesto extrañado.

—¿Gracias por qué?

—Por interceder por mí ante tus superiores —respondió Rosa, regalándole una sonrisa—. Está claro que esta casa no me ha caído del cielo. Y el hecho de que te cam-